

Chuck Collins

Los acumuladores de riqueza
Cómo los multimillonarios pagan
millones para ocultar billones

Traducción de Carmen Criado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Wealth Hoarders: How Billionaires Pay Millions to Hide Trillions*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2021 por Polity Press.
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Chuck Collins, 2021
© de la traducción: Carmen Criado, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-860-8
Depósito legal: M. 7.576-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo, por Nicholas Shaxson
- 15 Agradecimientos
- 19 Preludio 1983. El descubrimiento del río del dinero
- 41 Preludio 2004. La estafa del Blue Hippo
- 49 Preludio 2020. El robo de Angola
- 55 Introducción
- 69 1. El elevado coste de la riqueza oculta
- 91 2. ¿Quiénes son los defensores de la riqueza?
- 117 3. Qué útiles contiene la caja de herramientas de la ocultación de la riqueza
- 149 4. Todo en el *family office*
- 176 5. La riqueza que se oculta en su vecindario
- 201 6. Cortinas de humo. Las justificaciones de la Industria de la Defensa de la Riqueza
- 230 7. Soluciones para la ocultación de la riqueza
- 275 Conclusión. Es hora de actuar con audacia
- 279 Epílogo. Licenciados, no trabajéis para la Industria de la Defensa de la Riqueza de los milmillonarios
- 283 Notas
- 305 Bibliografía y recursos

Prólogo

Por Nicholas Shaxson

Chuck Collins, el autor de este libro, es un hombre egoísta, ingenuo e insensato. Al menos ésa fue la contundente opinión de la descendiente de una vieja familia adinerada que lo tomó bajo su protección en un encuentro dedicado a la gestión patrimonial y celebrado en 1983, poco después de que él se enterase de que iba a heredar una cuantiosa fortuna familiar procedente de la industria cárnica.

Su delito no consistía en que le inquietara recibir una fortuna que no había ganado, ni siquiera en que quisiera contribuir a una buena causa. Su delito consistía en contemplar la posibilidad de regalar su patrimonio, el núcleo de los activos familiares destinados a pasar de generación en generación. Se supone que los herederos, le había explicado su abuela, viven de las *rentas* del capital, pero nunca amenazan los fundamentos de la fortuna familiar. Ésa es «la gallina de los huevos de oro», le había

dicho. «Y la gallina no se cocina.» Privar a los futuros herederos de sus derechos, había afirmado, era insensato y egoísta.

Ése es el confuso sistema moral dominante en el mundo de la riqueza, una red globalizada, informal, flexible, formada por personas extremadamente móviles que sobrevuelan las naciones, cada vez más distanciadas y más ajenas a ellas, y que cada vez respetan menos las leyes, normas, regulaciones e impuestos que nos obligan a todos los demás.

Sabemos mucho sobre los megarricos, pero *Los acumuladores de riqueza* enfoca, e ilumina con mucha potencia, algo muy diferente: a los «facilitadores», el ejército privado de banqueros, abogados, empresas dedicadas a servicios contables, *family offices*, consultores y otros especialistas que les ayudan a ocultar y proteger su riqueza. Todos ellos se aseguran de que la nube en la que viven los ricos se halle cada vez más cerca de donde se encuentran el poder y las recompensas para los que asumen los riesgos, y que sea en la tierra, allá abajo, donde se trabaje y se absorban los costes de esos riesgos tan rentables. Se trata tanto de desigualdad como de la corrupción del capitalismo.

Estos facilitadores levantan dos líneas de defensa en torno a la riqueza. La primera consiste en las murallas del castillo y los puentes levadizos que ofrecen protección legal a sus clientes: los paraísos fiscales donde existe el secreto financiero, los trusts tortuosos e impenetrables, las empresas fantasma y las fundaciones de beneficencia que filtran un mínimo beneficio a los de abajo mientras acrecientan las fortunas de los más ricos, unas

murallas que impiden que los que están fuera –las autoridades fiscales, los acreedores que reclaman a los ricos facturas impagadas o las fuerzas de la ley y el orden– entren en sus paraísos privados y desbaraten el negocio que consiste en amasar y transmitir la fortuna familiar dinástica.

Este relato lleno de humor, sorprendente y enormemente legible, escrito por una de esas raras personas que *efectivamente* han regalado su capital, ilumina también la segunda línea de defensa: las justificaciones fáciles, las frases poco convincentes, las explicaciones simplistas y las cápsulas protectoras de autocomplacencia con las que se rodean los ricos, sus facilitadores, los laboratorios de ideas financiados por ellos y sus comentaristas, con el fin de evitar tener que hacerse preguntas realmente difíciles.

Puede que sorprenda a algunos, pero podría decirse que Estados Unidos es el mayor paraíso fiscal del mundo. Durante casi medio siglo ha animado deliberadamente a los extranjeros a transferir su riqueza (a menudo adquirida por medios ilícitos) a ese país y aparcarla allí convenientemente en propiedades inmobiliarias, en mercados de valores o en fondos de inversión, ocultando todo tras un velo de secreto creado para confundir a las autoridades fiscales extranjeras y a los que luchan contra la delincuencia. Podría pensarse que este flujo de capital beneficia al país. Pero, de hecho, solo ayuda a un número reducido de individuos –en particular a los que pertenecen a la Industria de la Defensa de la Riqueza– mientras que ocasiona una gran carga de perjuicios, menos visibles pero mayores, a la mayoría de los estadounidenses.

Por ejemplo, los negocios y las vidas de los delincuentes organizados a nivel global o de los políticos que saquean las naciones más pobres de África conviven perfectamente, dentro de las murallas del castillo, con los miembros más apreciados y poderosos de la sociedad. El resultado *inevitable* ha sido la criminalización de nuestras élites. He visto con horror cómo este sistema socava el sistema político en mi propio país, el Reino Unido, donde las cosas han ido tan lejos que David Marchant, un destacado investigador comercial de Miami, cuyo trabajo se centra en las actividades de gente rica y de corporaciones en refugios fiscales, me dijo que cuando encuentra a un «Lord» o a un «Sir» en una estructura corporativa *offshore*, inmediatamente lo marca con una señal de alarma. Un estudio acerca de los ricos escandinavos, llevado a cabo en 2019 por los economistas Annette Alstadsaeter, Niels Johannesen y Gabriel Zucman, descubrió que el promedio de evasión fiscal (delictiva) entre la población en general era menos del tres por ciento de los impuestos totales, pero que entre el 0,01 por ciento que constituía la franja superior esa proporción pasaba a más del 25 por ciento. (Una gran parte del resto de sus enormes fortunas y rentas masivas habría eludido también los impuestos, aunque por métodos no delictivos.) Y, naturalmente, en Estados Unidos no hay que buscar más allá de Donald Trump para entender cómo el flujo de dinero «oscuro» puede infectar y corromper la democracia.

El daño infligido supone también (naturalmente) una mayor desigualdad, un azote contra el cual lleva luchando Chuck Collins muchos años. Pero va mucho más allá.

Las actividades de la Industria de la Defensa de la Riqueza están agravando diferencias y tensiones regionales, de género y raciales, están encareciendo la vivienda, aumentando el crimen organizado, corrompiendo a los políticos, debilitando la seguridad nacional y estimulando el saqueo de los países pobres por parte de pequeñas bandas de depredadores. La suma total de estos peligros es inconmensurable. Junto con el cambio climático, el desarrollo de la inteligencia artificial y el aumento de las tensiones geopolíticas relacionadas con los misiles nucleares, abordar este problema constituye uno de los grandes retos con que se enfrenta la humanidad.

Este libro, «una introducción a los secretos del Río del Dinero», es un manual esencial para navegar en estos tiempos tan peligrosos que afrontamos actualmente nosotros y afrontarán las futuras generaciones.

Nicholas Shaxson
junio de 2020

Autor de *Treasure Islands: Tax Havens and the Men Who Stole the World* (*Las islas del tesoro: Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo*) y *The Finance Curse: How Global Finance is Making us All Poorer*.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a los líderes en este campo que han dedicado años a entender el sistema *offshore*, las jurisdicciones opacas y la Industria de la Defensa de la Riqueza. Algunos de ellos se han mostrado especialmente generosos conmigo mientras escribía este libro. Entre ellos la socióloga Brooke Harrington, una voz importante a lo largo de este trabajo, y «Dalton Thompson», mi personaje anónimo, a quien agradezco su paciencia ante todas mis preguntas. La Tax Justice Network me ha inspirado durante décadas, incluidos John Christensen y Andres Knobel, este último por su trabajo sobre los trusts. El periodista Nicholas Shaxson ha escrito los libros generales más importantes sobre este tema, empezando por *Treasure Islands (Las islas del tesoro)* y ahora *The Finance Curse*. Otros pioneros y pensadores importantes cuyos trabajos me han sido de gran utilidad han sido Jim Henry, David Cay Johnston, el senador Carl Levin y Jeffrey Winters.

En Estados Unidos me ha sido muy útil el trabajo desarrollado por la comunidad de activistas a favor de la transparencia en la reunión convocada por la Financial Accountability and Corporate Transparency (FACT) Coalition. Desde nuestro primer encuentro, celebrado en medio de una tormenta de nieve en Pocantico en 2011, hasta hoy me he beneficiado del trabajo de Gary Kalman, Elise Bean, Conrad Martin, Scott Klinger y la difunta Rebecca Wilkins. Doy las gracias a Clark Casgoigne por las conversaciones que he mantenido con él en FACT, y a Maureen Heydt, de Global Financial Integrity, por compartir mi interés por los *family offices*. Gracias también al equipo de la película *We're Not Broke*, comenzando por los codirectores Karin Hayes y Vicki Bruce. Y gracias también a Charles Davidson, a Jack Blum y a nuestro grupo del Festival de Cine de Sundance.

Bob Lord, un gran colega y *associate fellow* en el Institute for Policy Studies, es uno de los magníficos abogados que trabajan en este campo. Doy las gracias también a otras personas que han leído el manuscrito completo y han contribuido a la conversación con su experto conocimiento de la ley. Gracias, además de a Bob Lord, a Pat Martone. Marcia Peters aportó su doble talento como editora y experta en Derecho al manuscrito.

Mi colega del IPS Sophia Paslaski leyó y editó magníficamente el manuscrito y ayudó con las citas. Entre otros colegas de IPS a los que quiero dar las gracias está nuestro equipo del Inequality Program, incluidos Kalena Thomhave, Bob Keener, Sarah Anderson, Sam Pizzigati, John Cavanagh, Tracy Bindel, Kathleen Gaspard, Omar Ocampo, Peter Certo y Negin Owliaei. Gracias al equipo de Patro-

tic Millionaires dirigido por Erica Payne, Kelsea-Marie Pym, Morris Pearl, Stephen Price, Pat Martone, Fiona McCarthy, Sam Quigley, Rene Felt y todos los demás.

Gracias a George Owers de Polity Press, quien me invitó a escribir este libro, y a Julia Davies de Polity por nuestra correspondencia transatlántica, que ayudó a sacarlo adelante.

En el plano personal, doy las gracias también a los amigos y colegas que me han apoyado y han seguido y aplaudido este proyecto de principio a fin. Entre ellos, Nora Collins, Sam Hannon, Andrew Boyd, Rhea Becker, Danny Faber, Nina Schlegel, Jodi Solomon, Josh Hoxie, Derrick Asante-Muhammad, Dan Petergorsky, Jom Michel, Carol Bell y muchos otros.

Gracias a todos aquellos que, aislados durante la pandemia de Covid-19, me acompañaron mientras escribía este trabajo, especialmente a Luke Concannon, Stephanie Hollenberg y Caleb Hannon, que compartieron casa conmigo, y a la increíble Mary Wallace Collins, sin la cual no existiría este libro.

Preludio 1983

El descubrimiento del río del dinero

No *ganamos* dinero. *Tenemos* dinero.

BILL WELD, ex gobernador
de Massachusetts.

Treinta personas adineradas están sentadas en un círculo formado por sofás y cómodos sillones muy usados. Yo soy una de ellas, una de las que participan en un encuentro de fin de semana convocado para dueños de una fortuna heredada y patrocinado por un *family office* local y una fundación. Estamos en 1983 y tengo veintitrés años. Hace unos años me enteré de que al llegar a los veinticinco iba a heredar una considerable cantidad de dinero como descendiente de una próspera familia del Medio Oeste dedicada a la industria cárnica. En aquel momento borré de mi mente esa información y seguí adelante con mi vida.

Ahora, terminados mis estudios universitarios, asumo finalmente esa realidad. Pero estoy confuso y debato conmigo mismo activamente acerca de la ética de una riqueza heredada. Cuando un amigo me habló de esta reunión, aproveché inmediatamente la oportunidad que me

ofrecía de aprender y de conocer a otras personas que estuvieran en la misma situación que yo. La sala de reuniones se encuentra en una mansión de piedra situada en una propiedad de cuarenta hectáreas de terreno que perteneció a la familia Stevens, incluido J. P. Stevens, el magnate de la industria textil que había amasado su dinero a base de la lana y el algodón. La casa, situada a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Boston, está rodeada de praderas de césped y muros de piedra y se alza en lo alto de una colina al final de un camino que va de la carretera hasta la casa. Los aspersores susurran constantemente al otro lado de las ventanas, garantizando que la hierba siga verde incluso en los calurosos días de agosto.

Una mujer alta y algo desgarbada llamada Melanie está de pie ante un atril escribiendo la lista de los temas que se van a debatir. Es la única persona negra en una habitación ocupada por blancos. Anima a los participantes a sugerir temas que no estén incluidos en el orden del día y a formar pequeños grupos de debate. Algunos sugieren «la creación de una fundación familiar» y «cómo enseñar a los niños acerca del dinero y los valores».

Levanto la mano.

—Sé que todos dicen que nunca debes regalar tu patrimonio. (La base de activos en que se fundamenta tu fortuna y que genera rentas.) ¿Pero por qué no? —digo—. He estado planteándome la ética de continuar aferrado a una fortuna. ¿Le gustaría a alguien más hablar de renunciar a sus activos? —La pregunta flota en el aire un momento.

—A mí sí —responde Edorah mientras sonrío amablemente desde el otro lado de la habitación. Los dos había-

mos pasado la mayor parte de la tarde anterior hablando de esa idea.

–Pero eso sería... –dice excitada una mujer mayor llamada Dee, mientras se inclina hacia delante en su sillón–. Eso sería una auténtica estupidez.

–Sí –dice mostrando su acuerdo Catherine, una amiga de Dee–. El patrimonio no se toca nunca.

–¡Un momento! –interviene Melanie con la autoridad de una presidenta–. Cada uno puede hablar de lo que quiera. ¿Alguien más quiere unirse a Chuck y Edorah?

Dos personas más levantan la mano y se nos asigna una sala de reuniones. Dee y Catherine se unen a nuestro grupo para convencernos de que estamos locos.

–Las dos somos abuelas –explica Dee–. Algo sabremos.

–¿Qué probaríais llevando a cabo ese *suicidio de clase*? –pregunta Catherine–. Tiene la cara arrebolada, está agitada, y me mira a través de sus gafas de gruesos cristales como si yo estuviera a punto de detonar una bomba.

–Regala tus rentas –aconseja Dee con más calma–. ¡Pero, por el amor de Dios! ¡No toques el patrimonio!

Lleva el pelo, de un rubio plateado, recogido en un moño y exhibe unos hermosos dientes blancos. Dee pertenece a una conocida familia de Nueva Inglaterra y puede dar fe de los beneficios que supone aferrarse al dinero durante múltiples generaciones¹.

Catherine y Dee dominan la conversación con historias acerca de primos imprudentes que «invadieron» su patrimonio con «inversiones disparatadas» y proyectos benéficos. A uno de los primos de Catherine le embaucaron y entregó parte de un trust a una organización religiosa.

–No cometas hoy una locura que lamentarás mañana
–repiten ambas como un coro griego.

Pocos días después de la reunión, Dee «me telefonea», como dice ella, y me invita a comer en el Harvard Club de la avenida Commonwealth de Boston. Tengo que ir a Boston por cuestiones de negocios y accedo a verla con entusiasmo. Me alegra que a Dee le interese mi dilema aunque no esté de acuerdo conmigo. Durante años me ha preocupado el hecho de poseer una fortuna, pero he tenido pocas oportunidades de hablar con otras personas que tienen dinero y también el sentido de la responsabilidad que supone qué hacer con él. Dee es filántropa a tiempo completo y una mujer que ha lidiado con los privilegios durante seis décadas tomando lo que parecen ser decisiones meditadas. Me pregunto si el camino que ha seguido puede servirme de guía.

No he estado nunca en el Harvard Club. Me plancho una camisa, me anudo bien la corbata y camino por la ancha avenida Commonwealth del barrio de Back Bay de Boston, donde, a lo largo de la mediana, se alinean estatuas de figuras literarias y líderes políticos. A cada lado se alzan edificios de cuatro o cinco pisos, mastodontes de granito y ladrillo con grandes miradores y hiedra. Algunos están divididos en apartamentos o condominios, pero muchos siguen ocupados por una única familia. Acercarme al Harvard Club me recuerda otro importante aforismo de los privilegiados –junto con el de «No toques nunca el patrimonio»– que dice: «actúa siempre como si estuvieras en el lugar que te corresponde». Camino seguro bajo el toldo de la entrada y ante el portero del club.

Me reúno con Dee en el salón. Ella entra decidida, con el pelo suelto y un bolso colgado del hombro. Lleva una impecable falda negra hasta la rodilla y una ligera blusa blanca con un broche de oro en forma de cesta que, según me explica, es el símbolo de la isla de Nantucket, donde tiene «una casita». Curiosamente, en el salón no hay humo de puros ni magnates de la industria. Hay algunos sillones de respaldo bajo y algunas personas bastante normales –los hombres ni siquiera llevan corbata– sentadas y leyendo el periódico.

–Dee –susurro–. ¿Dónde están los plutócratas del Monopoly y los sillones de orejas?

–¡Ah, sí! –me responde afectando seriedad–. Están en el salón de fumadores manejando las palancas ocultas del poder. Pero ahí no dejan entrar a las mujeres.

Entramos en el comedor y Dee saluda a algunas mujeres que conoce.

–Tengo que contarte un chiste –me dice con una sonrisa pícaro levantando la vista de la carta. Su rostro está más bronceado y tiene más pecas que cuando la vi unas semanas antes–:

Anochece sobre el río Charles y un caballero de Boston vuelve andando a casa después de su trabajo en el despacho de abogados Prescott, Cabot y Newell, que trabaja para la élite de la ciudad. Al subir por Beacon Hill hacia su mansión de ladrillo rojo, ve a una dama de la noche de pie en un umbral oscuro. Al pasar a su lado desvía la mirada pero no antes de reconocer en ella a su prima más querida.

–Addy –dice tartamudeando–. Addy, ¿eres tú?

–Sí, Arthur –murmura ella avergonzada.

–Pero Addy, ¿por qué? ¿Por qué tú?

–Verás, Arthur –responde su prima–. Tuve que elegir entre esto o «invadir» el patrimonio.

Los dos nos reímos a carcajadas. Dee tiene razón en una cosa. Soy un ingenuo en lo que concierne a «patrimonio», «activos», «rentas» y «legados». Pero Dee me está abriendo los ojos con respecto al mundo de la conservación de la riqueza.

–Chuck, puedes hacer el bien conservando al mismo tiempo tu dinero –dice sonriendo–. Conforme el corpus aumenta, recibes más ingresos de los que puedes dar.

–¿El corpus? –no entiendo la palabra.

–Ya sabes... el cuerpo... el patrimonio.

–Lamento interrumpirte, pero esa palabra... –digo negando con la cabeza–. Cuando oigo la palabra «corpus», pienso en el «Corpus Christi».

–Sí, claro –dice Dee riendo–. El cuerpo de Cristo. Como la oblea que tomo una vez a la semana en la vieja iglesia de la Trinidad.

Sé que Dee es miembro de esa iglesia y que pertenece a varios comités de algunas más. Pero no es una de esas mujeres blancas, anglosajonas, protestantes y estiradas de las que, en sus tiempos, eran presentadas en sociedad.

–Comprendo la teoría –continúo–. El patrimonio es la fuente. Es el regalo que sigue produciendo. Es la gallina de los huevos de oro. Y no se cocina a la gallina.

Dee me mira con una mezcla de desconcierto y tristeza.

–¿Qué tiene de malo conservar un activo?

¿Por dónde empiezo?, me digo. Imagino a una mujer mayor, mi amiga Juanita Nelson, de pie en su cabaña de dos habitaciones hablando de usura y de la inmoralidad de gente que tiene montañas de dinero y vive de las rentas. ¿De dónde salieron esos ingresos?

Pienso en los ocupantes de las caravanas de Bernardston y en otras personas con las que trabajo y que tienen que tener dos empleos para pagar la hipoteca de sus casas. Quiero introducir sus voces en nuestra conversación.

—No quiero vivir del trabajo de otras personas.

—Pero Chuck, la gente necesita tener acceso al crédito —dice Dee sin entender lo que digo—. Los préstamos y los intereses son lo que hacen que el mundo siga girando.

—No en el mundo en el que quiero vivir yo.

Empiezo a hablar de mi opinión sobre la riqueza y la pobreza en la sociedad, pero Dee vuelve a llevar la conversación al terreno personal.

—¿Te hace sentirte *mal* tener dinero? —me pregunta.

—Quizá. Porque no he tenido nada que ver con el hecho de ganarlo.

—La culpabilidad es un callejón sin salida —afirma con seguridad.

—Dee, ¿no hay una parte de la culpabilidad que está bien, que es como una señal de nuestra humanidad? —Lucho por encontrar la palabra precisa—. Quizá *culpabilidad* no sea la palabra adecuada, pero, ¿no sientes *algo* cuando ves la distancia que hay entre tu suerte y el sufrimiento de los otros?

—No hay nada de bueno en la culpabilidad —dice deslizando sobre mis palabras. Supongo que lo que acaba de decir es un aforismo más del panteón de aforismos de